

doctores cuando la voluntad se abandona á tan falaces guías. Las malas compañías exteriores no son peligrosas sino porque seducen á la íntima que tenemos en nuestros propios pensamientos. Es menester decir de ellos, de las gentes y de los libros, lo que decía David á Dios (1): "Señor, no quiero tener ninguna sociedad con los vanos é injustos, ni sentarme con los impíos y malignos." Sin esta resolución eficaz y constante seremos orgullosos, vanos y satisfechos de nosotros mismos, injustos con el prójimo, malignos en nuestros juicios, y flojos, impíos é indiferentes en lo que interesa al servicio de Dios.

Este, señor, es el artículo más importante y el punto en que debéis insistir con una determinación que jamás vacíe. Alejad de vos sin demora todo mal pensamiento, todo mal libro; pero más aun á todo hombre vicioso ó corrompido que no teme á Dios. Si Jesucristo nos manda sacarnos el ojo, cortárnoslo la mano ó el pié que nos escandaliza, ¿quénto más debemos alejar de nosotros todo mal ejemplo? Esta obligación es más estrecha en un padre de familia, pues debe á sus hijos buen ejemplo y educación. Nada puede vicariar tanto como los malos ejemplos, y el afán de muchos alices en la instrucción de un joven se nubla en un instante con la seducción de un perverso. Tiene criados, y no solo debe ser espejo suyo con su arreglada conducta, sino cuidando también que vivan como cristianos. San Pablo decía que el que no cuida de sus domésticos es peor que el infiel. Estas son almas que la divina Providencia ha puesto á su cargo y que de dar cuenta estrecha. Tiene amigos, y si son viciosos no harán más que corromperle á él mismo ó á lo menos corromper á su familia.

El que conoce la flaqueza de la naturaleza degradada, no puede ignorar la fuerza poderosa del mal ejemplo. Uno solo puede bastar para derribar en un instante todo el edificio que en muchos años había levantado la virtud, uno solo puede corromper una sociedad de santos, uno solo puede destruir todo el fruto de una larga y laboriosa educación, uno solo puede introducir el vicio y la muerte en una familia desde largo tiempo cristiana y arreglada. En fin, no hay tanto martirio y que comunique su infección con tanta rapidez como se pretega el vicio en nuestro débil corazón.

Sea pues inexorable contra todo lo que pudiera exponer y exponer á quanto os rodea á tanto daño. Escandalo á los ojos de vuestros hijos y familia todo ejemplo que pudiera tentarlos. Apartad sus ojos de todo discurso que los pudiera seducir; los debéis buen ejemplo, instrucción y enseñanza; pero debéis cuidar también y con gran vigilancia que nadie pueda destruir lo que vos edificáis.

Vos debéis suponer que no habéis procurado en vuestra vida pasada criados ni amigos virtuosos, esáis en obligación de examinar su conducta y de reparar esta mal con el mayor esmero. Que vean en vuestras acciones otro modo de obrar y que vuestros discursos los manifiesten otro modo de pensar. Pero antes de convertirlos con la palabra dejad que hablan vuestros ejemplos y que vuestra conducta practica sea la primera de las exhortaciones. Si esto no basta, procurad persuadirlos con celo, pero con dulzura y prudencia; y cuando esto no bastare, no hay que

(1) *Psalm. XXV, 4, 5.*

detenerse, alejados de vos y de la parte de sociedad que la Providencia os ha confiado.

Por otra parte, señor, reflexionad que el que no teme á Dios, así como no puede ser buen padre ni buen hijo, tampoco puede ser buen amigo ni buen criado. ¿Cómo os guardará fidelidad el que no la guarda á su Dios? Sin el temor de Dios no hay freno que pueda detener á los hombres desde que las pasiones los excitán ó el interés los tienta. ¿Quién puede responderos de un erindo cuando el amor propio le seduce á un delito secreto que espera cuando escondido, si la propia conciencia y la idea de un Dios vengador no le detiene? ¿y cómo podéis contar con el amigo? ¿cómo podéis confiar vuestros secretos y el honor de vuestra casa á un hombre que cuando una pasión le arrebató, no puede hallar en la religión un freno que le contenga? ¿cómo podéis esperar que los intereses de su fortuna y de su corazón no sean preferidos á los vuestros?

Desengañaos, señor; no es posible hallar buenos amigos ni buenos criados sino entre las personas que aman á Dios y viven arregladas á los principios de la religión. El mundo presenta muchos hombres que se distinguen en el arte de hacer demostraciones de amistad. Nada es más persuasivo que su estilo, nada más seductor que sus caricias. Los imprudentes persuadidos de su propio mérito se dejan engañar; pero nada es más frívolo ni más falso; á la más ligera ocasión de interés propio todas estas propuestas se deshacen como humo. Por el contrario, no hay más sincera amistad que la del cristiano; es hombre de bien porque el Dios de verdad lo prescribe así. El mundo puede darnos adaladores, compañeros del placer y del desorden, pero la virtud sola da amigos verdaderos.

Por otra parte, nada hay que nos inflame más en el deseo de servir á Dios con fervor que el comercio y trato de las buenas conversaciones que tenemos con ellos. Son un especie de oración continua, un ejercicio habitual de adoración y amor. Nuestro corazón se purifica y abrasa. Nos encendemos en un mismo fuego y somos llenos de ardor para renovar nuestra oración y presentarnos á Dios los ejercicios de nuestro culto. ¿Cómo podéis esperar este efecto, no digo de los malos y escandalosos, sino de aquellos que viven en el siglo entregados á las sociedades profanas! ¿qué sentimientos pueden llevar estos hombres al templo del Señor? ¿cómo pueden oír las alabanzas de Dios, penetrarse de la idea de su grandeza y comunicarla á los demás fieles? ¿qué figura pueden hacer en las juntas de la religión? Lejos de enseñar á los pueblos á celebrar las maravillas de Dios, les dan el ejemplo de la inmodestia, de la dissipación, sin contar el fasto que ostentan á los pies de un Dios crucificado.

Si queréis ser bueno vivid con los buenos. Si queréis que vuestra familia sea arreglada, no dejéis en ella ninguno que la desordene. Si queréis tener criados fieles escogellos entre los que temen á Dios. Y si queréis amigos sinceros, elegid á los que aman y respetan la religión. Es menester ser buen cristiano para ser bueno en cualquiera otra línea; solo los que profesan con sinceridad el cristianismo pueden ser fieles, honrados y seguros.

El verdadero cristiano reúne dos cualidades que parecen opuestas: sabe conciliar los inevitables males de la vida con la paz del corazón, con la alegría íntimo y contento del alma. Es rico en la pobreza y dueño de todo sin poseer

nada. Se consuela cuando vive, porque viviendo tiene tiempo para amar á su Dios, y desea morir para gozar de su Dios eternamente. Todo su tesoro, todos sus conocimientos y todos sus amigos están en el cielo. Procura ser útil á sus hermanos en la tierra; á lo menos pide por ellos. Sus mejores y más frecuentes alimentos son la oración y la sagrada comunión, fuentes inagotables de riquezas. Sabe la vida de Jesucristo y la estudia sin cesar para imitarle. Esto es el primer estudio que le ocupa y el que le encanta, le eleva y le consuela. Habla poco, pero siempre con dulzura, caridad y cordura. Incógnito al mundo no desprecia á nadie, solo piensa en servir á Dios y en imitar á Jezu-

cristo, siendo no haberle conocido más pronto y no haber consagrado á su amor todos los instantes de su vida.

Ved aquí, señor, los hombres á quienes debéis asociaros si queréis no desviáros jamás de las sendas de la justicia. Ved aquí los hombres que debéis escoger por compañeros, amigos y criados; y yo os aseguro que no solo os serán útiles para sustentar vuestra virtud, sino que tambien os librarán de muchos disgustos y tendrás todos los consuelos que se conceden á los hombres en la tierra. Otras muchas cosas me dijo el padre en el discurso de esta feliz semana. En mi primera te contaré lo que me sucedió después. Adios, amigo mio.

## CARTA XXXI.

### EL FILOSOSO A TEODORO.

¿Cállese por fin, y con dolor mio, amigo Teodoro, aquella bienaventurada semana, la mejor y más dichosa de mi vida, semana como yo deseaba que hubiera sido todo el tiempo de mis días infames. Toda entera se me hizo un soplo, y cada día que pasaba me aliviaba con la idea de que me quedaba uno menos. Yo no hubiera imaginado jamás que días pasados en ejercicios devotos, sin ninguna mezcla de distracción y entretenimientos, corriese tan rápidos, se paciesen tan sin sentir, y fuesen más agradables que los que se pasan en el mundo en medio de sus placeres y delicias.

Empecé, amigo mio, á comprender por experiencia propia (que es la mejor manera de comprender bien) cuán engañados viven los hombres del siglo que buscan tan vanamente la felicidad donde no se halla. ¿Oh cuánto erran cuando se figuran que la virtud es austera y que los ejercicios de la devoción son pensamientos á los que los prácticos Error deplorable que da tantos escarrios á los vicios. Pero por mi dicha solo la experiencia me ha enseñado que la vida cristiana y ocupada es más agradable, y que los que viven en el retiro, en la inocencia y en la esperanza de la vida eterna son más felices aun en la tierra que los que se entregan á las pífidas danzas del placer.

Así lo ha dispuesto Dios, y la razón alcanza que así es. El hombre, siempre ansioso é insaciable de felicidad, desde que empieza á buscarla donde no la puede hallar, desde que empieza á buscarla donde no la puede hallar, desde que ha errado el camino, á cada paso que da se extravía más. Un placer engañoso que no le ha satisfecho ó que le ha satisfecho, es un nuevo estímulo para buscar otro que no se satisface más ó que no le sacia menos. La ociosidad, que no piensa más que en llenar aquel vacío del corazón, la necesidad de buscar sensaciones dulces para que le saquen de aquel letargo, y el falaz aspecto de placeres nuevos, que prometen lo que no cumplen, enredan al alma en una

complicada y sucesiva cadena de errores y deseos que la precipitan de vicio en vicio. ¡Dichoso aquel á quien una luz temprana le ataja antes que se despenie y le descubra el verdadero camino de la felicidad!

Entonces distingue mejor los objetos, entonces alcanza á ver el término de la felicidad, reconoce el camino que conduce á ella, y le sigue sin ardar y sin peligro. Este es ya el tiempo fresco que le ocupa. Arroja de sí la ociosidad; este tiempo que le pesaba antes tanto, que procuraba engañarlo á costa de su inocencia, entregándose á los placeres rápidos de los sentidos, era la causa verdadera de todo su desorden; ya lejos de sobarle, no le basta para las ocupaciones serias y le llena todo con la satisfacción de saber al fin el día que le ha empleado bien.

Los mismos ejercicios que parecen tan insoportables al profano, son los que contribuyen más directamente á su felicidad, y á que se le pase el tiempo sin sentir; porque los que se destinan á llenar en compañía de otros y en prácticas de virtud todas las horas de su existencia, hallan en ellas á sí mismos que no pueden tener los que viven entregados á sí mismos, y estas ventajas son tan visibles, que la razón y sana filosofía debieran reconocerlas aun sin las luces de la religión.

Los cristianos, que unidos entre sí por la misma fe y la misma esperanza andaban juntos al término que buscan, recíprocamente se refuerzan. Solo son estar ocupados y tener todos los momentos del día distribuidos en devotos pero varios ejercicios, destierran la ociosidad, y con ella los vicios ó los malos pensamientos, que son padres de las acciones delincuentes.

La suave fatiga del día les procura un agradable sueño que los preserva de muchos peligros, porque los aleja de su imaginación. El mutuo ejemplo los fortalece, las continuas ins-



te nuestro respeto y nuestra emulación, y al contrario los que embriagados con las falsas ideas del lujo y del orgullo, no pensaban en otra cosa que en riquezas, grandezas y placeres, mi parecer insensatos, furiosos y que ciegos corrían sin saberlo al precipicio.

Lo que mas me sacó de mí fué, que mi falsa filosofía me habia inspirado una especie de rabia homicida y ferocidad contra los pobres. Como en sus principios no hay moderación y que las pasiones trastornan hasta las ideas mas sanas, levantándolas á un extremo en que ya no puede haber razón, yo me habia dejado seducir de un principio que aunque justo en sí mismo, le hacia odioso el exceso de su aplicación. Yo sabia que nada es tan útil al Estado como el que todos trabajen, que la ociosidad es un mal y que sería útil extirparla. Yo repetía las máximas triviales de los sofistas de que no se debe dar limosna, pues si nadie la diera no la pedirían los holgazanes, y adquirir con estas ideas inhumanas una aversión tan inflexible, que cuando se me presentaba un pobre le veía con indignación y le rechazaba con dureza.

Pero no me hacía cargo de que mientras el gobierno no los recoge y los procura socorrer, es indispensable socorrerlos, y que si hay muchos pobres fingidos que pudieran trabajar, hay otros verdaderos que no pueden; que en la dadá, mejor es dar al que no lo merece que dejar de socorrer al que lo necesita, y aunque nada necesito tanto de ilustración y prudencia como el uso y la aplicación de la limosna, esta distribución que debe ser bien entendida, no debe degenerar en rigor; que Jesucristo nos ha mandado dar lo superfluo, que yo no era juez de la causa pública y sobre todo, que nadie me daba derecho para tratar á los infelices con dureza tan bárbara.

En verdad, Teodoro, que ahora que lo considere, no sé cómo es que lo he podido tenerme tanto tiempo en una ilusión tan odiosa, dando á mi corazón sentimientos tan inhumanos. ¿Será que el aspecto de la miseria importunaba á mi amor propio y quería atajarla de mi vista? ¿Será que endurecido con mis vanidades y placeres me habia hecho insensible á los males ajenos? ¿Será que no me pareció nada bastante para satisfacer mi orgullo y contentar mis caprichos, una escuela eclesiástica me diera la mano y cubría su injusticia con tan viles pretextos? ¿Será, en fin, que duro é insensible á toda humanidad, mi corazón era de acero para los otros hombres? No lo sé, amigo; pero tanto que sea todo esto junto.

Lo que es es, que desde que la luz del Evangelio brilló en mi alma de repente y sin ninguna nueva reflexión, se disiparon estas inhumanas ilusiones, que sentí toda la inutilidad de mi conducta y que tuve horror y vergüenza de mí mismo. Como si Dios me hubiera querido mostrar lo absurdo que eran mis sentimientos y lo opuestos que eran á su divina ley, me ha hecho reflexionar en los sentimientos de compasión con que los trabaja Jesucristo. Y me horrorizo de mí dureza cuando me acuerdo que el mismo Señor decía: Lo que hicieréis por uno de estos pobres, es como si lo hicierais por mí. Si, amigo, mi corazón se ha mudado. Ya un pobre para mí es un objeto de respeto interior. Enviado su pobreza cuando me parece que hace buen uso de ella, y estimo mas sus sufrimientos y misérrime á las leyes con paciencia y resignación cristiana, que todas las riquezas y pompas del mundo.

Si me parece que por su edad ó su salud no debiera mendigar, le desprecie con moderación, pero no me permito el bárbaro desprecio con que los rechazaba. ¡Ay, amigo! ¡yo he estado muy engañado, muy pervertido! Esto es uno de los artículos de mi corrupción que me atormenta más. Yo lo traté á los miembros de Jesucristo con tal indignidad, que su memoria es uno de los mas punzantes recordamientos de mi corazón; pero espero vengarlos en mí y honrar en ellos á Jesucristo.

En fin, Teodoro, sería muy largo referirte por menor todos los desengaños que me ha traído esta divina luz. Lo que puedo decirte en general es, que ella me ha hecho conocer que toda mi presunción era ridícula, que mi ciencia era ignorancia y que estaba lleno de errores; que las ideas de mi entendimiento eran absurdas y las pasiones de mi corazón viles y corrompidas, que yo procuraba cohonestarlas con los sofismas de una filosofía temeraria, pero que sus frívolos pretextos no me alcanzaban sino porque fisonjaban la corrupción de mis pasiones.

Tan ciegos como yo, tan prevencidos como yo están todos los que viven en el mundo cuando le castigan y aman, cuando se gobiernan por sus falsas máximas, cuando adoptan estas filosofías perniciosas: todos, Teodoro, y tambien tú mismo. El cielo te envíe la misma luz que á mí, y si como yo te asombraras de haberte dejado seducir de unos errores tan groseros, que no pueden resistir al menor rayo de la sana razón. El primer beneficio de la religion es disiparlos. ¡Ciudadanos he perdido ya! ¡Cuántos me quedarán que perder! Este debe ser ahora el estudio de mi vida; pero volvamos á la historia.

Al otro día de mi llegada fui á la parroquia condeñado á mis hijos. Después de haber oído con ellos la misa, pregunté por el cura, que no habia venido á verme, y me encaminé á su casa. Encontré á un anciano venerable que me recibió con atención y urbanidad, pero que me pareció fría y circumspecta. Se conversacion me dió la idea de que era hombre instruido y sólido y de que sabia unir la simplicidad de sus discursos con la seriedad de su carácter. Sentí una viva secreta satisfacción de que Dios me hubiese deparado un cura tan respetable. Le dije que yo era un nuevo feligrés, una oveja nueva que venia á reconocer su pastor y ponerse en su apriso. El me respondió tímidamente, me dijo que habia veinte años que era cura de aquella parroquia y que se hallaba muy bien en ella. Pero aunque procuré hablar con cordialidad y abrir muchos asuntos de conversacion, observé siempre que me respondía con sequedad, que no se prestaba á mis esfuerzos y que no acababa de abrirse conmigo.

No era extraño, Teodoro; yo pagaba allí las deudas de mi reputación. Después supe, y el mismo cura me lo ha confesado, que sabia la historia de mi mala vida, que la noticia de mi llegada habia traído la de mis escándalos, que las personas juiciosas del lugar se habian afligido de mi vida, y que el buen cura se habia conmovido, temiendo que yo y mi familia acabásemos de corromper un pueblo que él trabajaba por convertir á Dios.

Como yo ignoraba esto, iba adelante en todo lo que podía satisfacer mi curiosidad ó darne idea para el logro de mis futuros proyectos; y supe por él que aquel lugar era muy grande, y que habia en él cerca de tres mil personas de comunión, pero la mayor parte pobres; que habia

algunos labradores, pocos ó ningunos artes y mucha miseria; que su renta era corta y que aunque él distribuía todo lo que era posible entre los pobres, como eran estos tantos, no podia socorrerlos á todos y que esto era lo único que le hacfa penosa su situación, porque todos los días era inútil y triste testigo de graves necesidades que no podía remediar.

Yo le respondí: el cielo me ha concedido algunos bienes de fortuna, y sé que mi obligación es distribuirlos entre los que no los tienen. Pues la Providencia me ha conducido á este lugar, ya me ha indicado los pobres que debo socorrer y me presenta en nuestro pastor el órgano por quien lo debo hacer. Yo desco, señor cura, contribuir al alivio de todos en cuanto se extiendan mis bienes. Así os pido me hagais saber todas las necesidades que interesan vuestro bien corazón, y estad seguro de que os ayudaré en cuanto alcance y que en nada me daréis mayor gusto.

El buen cura me escuchó con atención y observó que me miraba como con sorpresa. Entonces no me paré á hacer reflexiones, y ocupado con la idea de que era menester darle desde luego alguna cosa para que socorriese las necesidades mas urgentes, no pensé mas que en sacar mi bolsillo. Por fortuna aquella mañana, viéndome, le llené y habia en él una cantidad razonable. Se la ofrecí al cura diciéndole: Ved aquí esta socorro ligero por ahora. Es natural que tengis necesidades que exijan un remedio pronto. Serviros de otro; otra vez nos veremos mas despacio, y tomaremos medidas mas eficaces para socorrer la pobreza, ó lo que sería mejor, para destruirla.

El cura con mucho modo tomó el bolsillo, y me dijo: El cielo, señor, os lo pagará, y debo decirlos para vuestra satisfacción, que es su providencia la que os ha inspirado. Yo estaba en este momento muy afligido, y víy á explicaros la causa. Un jornalero, hombre de bien y buen cristiano, que con su trabajo mantenía á su mujer y siete hijos, y el mayor de diez años, por un accidente fatal se quebró una pierna hábralo ocho días; fui á verle, hice venir á un cirujano de la ciudad mas inmediata, fué menester pagarlo y hacer muchos gastos en los remedios necesarios. El infeliz no tenia nada. No habia poco cu mantener tristemente una familia tan numerosa, y en aquel momento en que no podia trabajar, no solo era preciso pagar los gastos de su curación, sino hacer subsistir á él y á toda su familia. Yo lo he hecho hasta hora, aparando mis propios medios y los de las personas en quienes hay alguna caridad.

Pero esta mañana una de sus hijas ha venido á avisarme que su madre le parió esta noche y que me llama. Yo le quedé traspassado de dolor, considerando que esta pobre mujer es la única que podia servir á su marido, que yace en su lecho todaría con las ligaduras, y que ahora lejos de que pueda servirle como ha hecho hasta aquí, necesita ella misma de que la sirvan, fuera de los gastos y cuidados inseparables de su situación. Apenas tenía valor para presentarme á los ojos de esta familia desgraciada, no teniendo el menor socorro que llevarla ni saber á quién pedirlo.

No obstante, impedido por mi obligación, me disponía á salir para ir á verlos, cuando la Providencia os ha hecho venir y ha movido vuestro corazón á ofrecirme esta tan generosa limosna para los pobres. Yo creo deber referiros estas circunstancias para que alabemos á este Padre uni-

versal, que nunca nos olvida, para que os alegréis de haber sido acogido instrumento de tan urgente socorro, y para que tengais el consuelo de saber el buen uso que voy á hacer de vuestra generosidad. Yo levanté el corazón á Dios, dándole gracias de su inspiración, y me propuse para toda mi vida no solo aprovechar estas felices ocasiones, sino buscarlas.

Tambien tuve otra agradable satisfacción, porque cuando el buen cura nos contaba el estado de aquella triste familia, observé que mis hijos le escuchaban con interés, y que las lágrimas se les asomaron á los ojos. Tambien vi la complacencia de su corazón viendo los medios que habia presentado de remediarla, tuvo mucho gusto en reconocer en ellos disposiciones tan felices, y me dije á mí mismo: Hijos queridos, si el cielo os ha hecho el don inestimable de un corazón sensible, yo le procuraré cultivar. Me ocurrí pedir al cura nos llevase á la casa de los infelices para haceros testigos de aquella miseria; pero me pareció demasiado presto, pues yo acababa de llegar, y este paso podia tener el aire de afectación. Me reservé pues para tiempo venidero en que podría serlo con mas oportunidad.

Vuelto á mi casa traté de arreglar las horas y las ocupaciones de todos. Yo debía levantarme muy temprano y al primero de todos, á fin de reservar la primera hora del día para adorar á Dios y darle gracias de la vida que me conservaba. Mis hijos debían levantarse despues y darla comunión, y con su voto todos debíamos ir juntos á la iglesia á oír misa y á la vuelta desayunarnos. El ayó debía darme lección en mi presencia para que yo pudiera tomar parte en ella, si me parecía conveniente, y tanto en este tiempo como en el que la repasaba, yo quería estar á su rieta y aprovecharlo en sus propios negocios; y en efecto, querido Teodoro, este es el tiempo de que me he valido y me valgo para escribirte.

Cuando mis hijos me parecían fatigados, los envío á correr por el jardín y tengo el cuidado de interrumpir sus ejercicios, así para que no se fastidien, como para que hagan en él mucho ejercicio, que es tan necesario en su edad. Por esto despues de comer salimos al campo á tomar el aire puro, y los exhorto á correr y jugar, con lo que no solo se divierten, sino que adquieren fuerzas y fortifican su temperamento. Al ponerse el sol volvemos á casa á dar la segunda lección y yo continúo mis ocupaciones ordinarias.

Á las siete con corta diferencia se junta toda la familia. Se hace una lectura espiritual en común, se reza el rosario de la Virgen y tambien las oraciones de la noche. Despues de esto se cena. Mis hijos van á acostarse, yo me quedo para dar las órdenes que me parecen necesarias, hasta que llega la hora de recogerme. Ve aquí el orden que quise establecer en mi familia mientras lo permitan las circunstancias, y para que se siguiese con fidelidad, tomé las medidas convenientes.

Mandé que mis hijos habitasen en un cuarto inmediato y donde no se podia entrar sino por él mio. Hasta allí él ayó habia tenido su lecho en el mismo cuarto que mis hijos; pero yo le dije que pues me hallaba allí, debía dispensarle de esta pena, porque el cielo y la naturaleza me habian destinado para custodia de mis hijos. Reglé las horas de las comidas y las comidas mismas, reduciéndolas á lo suficiente, simple y sano, destruyé todo fastio y ostentación;



cionar las pagas. Dos hijos que criar, una casa que dirigir, muchas tierras que administrar, grandes riquezas que distribuir, todo esto es un peso enorme para mí, que no sé ni me he aplicado á nada. Siento la necesidad de tener á mi lado una persona inteligente y cristiana que quiera asociarse á mis trabajos; pero dónde la encontraré?

No será en esa población, donde no es lugar que las haya, aunque todavía no lo conozco bien. Sin duda que las habrá en esa copiosa capital que habitas; pero yo no las conozco ni puedo conocerlas. Los buenos huyen de los malos y lo malo no los busca. Después de haber vivido en ella muchos años, y consumido tesoros en fiestas, convites y sociedades, me halló solo, aislado, y sin conocer á quién dirigirme que esté en estado de basarme sugerido de virtud y probidad. Tú mismo, Teodoro mío, estuvieras muy embarazado si me dirigieras á tí para este encargo, sobre todo si te pidieras que me basaras en ayos instruido y virtuoso para mis hijos, que es lo que en él día necesito más.

Rafel: tiene diez años cumplidos y Paulino se acerca á los novos. Esta es precisamente la edad en que más necesitan de un guía atento que los instruya, de un mentor cristiano que les enseñe las verdades de la religión y los principios del moral que debe dirigir su corazón al amor y á la práctica de las virtudes. Las impresiones que se reciben en esta edad son las más tenaces, las que más influyen en el discurso de la vida. Tomo haberles hecho perder dos años enteros; esto es el tiempo que ha pasado desde que les falta su virtuosa madre. Y quiera el cielo que no los haya dado funestas impresiones este preceptor filósofo.

Esta memoria me amarga mucho. Yo no imaginaba cuando ahora dos años ví con tanta indiferencia la muerte de mi buena mujer, que presto lloraría su falta y conociera muy tarde el bien que había perdido; tan ciego estaba entonces, que no supe distinguir el resplandor de sus altas virtudes; ahora es cuando la reflexión me las hace conocer. ¡Qué consuelo hubiera sido para ella verme volver á entrar en los caminos de la religión y de la virtud! ¡Qué dolor fuera para mí pedirle perdón de mis iniquidades y poder repararlas con el arrepentimiento y el amor.

Esta santa mujer que sufría con tan heroica paciencia mis agravios y disimulaba con tanta discreción mis injusticias, no pensaba en su modesto retiro más que en la educación de mis hijos. Ella era la que los instruía en sus primeros años. Ella los enseñó á leer y escribir, y sobre todo, los primeros elementos de la religión. Parece que no los han olvidado, pues el otro día examinándolos por el catecismo, no han dejado de responder bien, y con una inteligencia superior á sus cortos años; pero no creo que después de dos años hayan aprendido nada. Es necesario que el nuevo ayo no se haya dignado de pensar en celo y que si se lo ha aplicado á instruirlos en algo, no sea más que en fábulas y en cosas profanas. Digo esto porque el otro día estaba muy satisfecho porque los hizo repetir delante de mí una relación de comedia. Yo sufría pero disimulaba, por que veía inútil toda reconvenção y que este mal no se puede curar sino con remedios radicales.

Te añadiré, Teodoro, un rasgo de su conducta que te lo hará conocer mejor. Yo no he mandado positivamente á ninguno que venga á los ejercicios de la noche. Me parece que mi conducta precedente todavía tan fresca me

quita todo derecho de mandarlo con autoridad; pero he dicho que podían venir los que quisieran y aplaudo y acaricio á los que vienen. Con esto han venido los mas; este filósofo no ha venido nunca, y tiene el atrevido valor de dejarnos solos. Bata falta de pudor me dió idea de su carácter, y me determiné á separarle de mis hijos. Ya le despedí, y así me lo quedado solo, y yo no soy capaz de tan difícil encargo.

Ya ves pues que me es indispensable buscar alguna persona en que pueda fiarme, para que se dedique á la educación de mis hijos, y ya ves tambien que no es fácil encontrarla con las calidades que exige una confianza tan elevada. No hay sacrificio que yo no hiciera en favor de un hombre en cuya virtud y talentos pudiera reposar, porque conozco toda la importancia; pero dónde la encontraré? Los sujetos de esta especie son raros, y cuando pudiera alguno, cómo puedo esperar que un hombre de mérito quiera encargarse de la educación de unos niños cuyo padre por su mala reputación lo ha de rechazar? En este conflicto me ha ocurrido una idea que voy á proponerte, y su logro me haría muy feliz.

Ya te acuerdas de Mariano, aquel pobre pariente mío á quien á pesar de nuestro parentesco y relaciones, nosotros vemos poco, porque sus costumbres no se parecían á las nuestras y porque nuestra relajación no se acomodaba con su virtud. A pesar de nuestra disonancia en el modo de pensar, siempre me ha tratado con cariño, ó para decirlo con mas propiedad, siempre me ha visto con lástima. ¡Cuántas veces me sola decir todavía no me he llegado el momento de la misericordia, pero llegaré... ¡Y cuántas me han acordado mis remordimientos el desprecio que hice de sus exhortaciones, como se lo he referido á mi director, cuando le he pintado su virtud! Ya sabes tambien que en los tiempos de nuestra educación él era el que por su conducta y talentos se distinguía mas entre nosotros. Tampoco ignoras que es hijo tercero ó cuarto de un padre poco acomodado, quedó con pocos bienes de fortuna, y que si vive independiente y contento, es únicamente por la sobriedad de su vida y por la moderación de su espíritu.

Me parece, Teodoro, que el cielo no me podía hacer mayor presente. Si fuera posible que Mariano se resolviera á venir aquí, á vivir conmigo y encargarse de la educación de mis hijos, nada pudiera contribuir mas á mi felicidad. Mis hijos tuvieran un ángel tutelar que los encaminara al cielo, yo un amigo esclarecido que me ayudara en mis buenos pensamientos, que me sostuviera en la virtud y me dirigiera con sus buenos consejos. ¡Pero cómo esperar que un hombre tan justo, tan virtuoso, que me conoce tanto y ha sido testigo tan inmediato de mi deplorable conducta, quiera vivir conmigo, pues mejor que nadie sabe cuán digno soy de desprecio! ¡Cómo he de pensar que se digna de asociarse á una familia, que yo presido, ni criar hijos de tan mal padre! ¡Cómo podrá perdonarme mis escándalos públicos! ¡No se creería afortunado si habitara en la misma casa que yo?

Con todo, Teodoro, tengo tan alta idea de su humildad y su virtud, que no desespero de que la caridad le obligue á tanto sacrificio, y ve aquí el pensamiento que me ocurre. Hazme el gusto de remitirme todas las cartas que te he escrito, para que las lea sucesivamente, que dé gracias á Dios

por mí, que vea que este momento que esperaba de la bondad divina, ya ha venido, y que si quiere, puede ser el instrumento con que el cielo acabe de cumplir y perfeccionar su obra. Que lea pues todo lo que te he escrito, y que llegando á este punto, halle y lea la que escribí para tí.

Querido y respetado Mariano: Levantate á Dios tu puro corazón, consulta su voluntad y su gloria; y si su bondad te lo inspira, corre al socorro de un amigo que necesita de tu amistad. Ya tengo buenas resoluciones, ven á sostenerlas ya amo la virtud y la busco, ven á enseñármela, ya tengo pensamientos cristianos y desoco de hacer todo el bien que pueda; ven á ayudarme.

Sobre todo ren á recibir mis dos hijos, que tomare entre mis brazos para ponerlos en los tuyos. Recíbelos en nombre de Dios que te destina para criarlos en su tenor y formarlos para su gloria; recíbelos en nombre de la amistad que implora y que los fía á su discreción y vigilancia. Yo te otorgaré todos los derechos de padre, tras contigo algún criado de tu confianza, que bajo de tus órdenes pueda cuidarlos y servirlos. Yo estoy resuelto á separar de mí todos los que me han servido en el tiempo de mi depravación, si la mudanza de mis costumbres no basta á mejorar las suyas.

Si conoces personas virtuosas que puedan reemplazarlos, no las pierdas de vista y tenlas preparadas para cuando vengas aquí, para que con conocimiento de las cosas las puedas hacer venir; si dispones de todo, tú lo arreglarás todo como tu religión y conciencia te lo inspiren. Yo te espero como al hombre que Dios me señala para amigo, maestro y compañero en sus caminos, y le pido que á tantas misericordias que me ha hecho, añada la de morar tu corazón y determinarme por su amor á tanto sacrificio.

Que ese Dios de bondad que me da tantas señales de protección te inspire, que con las alas de su espíritu divino

vueles á este retiro, que desee consagrar al ejercicio de todas las virtudes, y haga que yo te vea presto entrar por mis puertas y que mi corazón pueda arrojarse entre tus brazos. Adios, Mariano querido, adios hasta el dichoso momento en que Dios nos una para no volver á separarnos.

Y tú, Teodoro mío, sírveme de interesado con Mariano. Haz por estar con él y persuádete que no resista á mis instancias. Dile que esta es una obra del cielo, que venga á socorrer una familia descarrada que ha conocido sus errores, para que no se vuelva á descaminar; á una familia que desea gobernarse por su dirección y sus ejemplos.

Y te acordaras que al principio de nuestra correspondencia te dije que no me responderias hasta que yo te avisara, porque quería que no me dijeras nada, hasta que supieras toda mi historia y que estuvieras enteramente instruido. Ya lo estás, Teodoro mío. Ya sabes todo mi suceso asombroso. Ya no te hablo de cosas piasas, si solo de los momentos presentes. Respondecme, pues, y dignese el cielo de mover tu corazón bueno, generoso y noble, pero lluso y engañado como el mio. Por otra parte, me importa mucho saber la resolución de Mariano para tomar partido.

Lo que tambien me adigo en mi situación actual es llamarme lejos de la santa casa en que he nacido y no poder ir á ella con la frecuencia que quisiera. Me sería muy dulce poder ir todos los días; pero será preciso contentarme con ir á pasar un día cada mes en tan agradable compañía. Me han informado de que á menos de una legua de aquí hay cierta especie de solitarios que viven juntos con mucha edificación. Yo quisiera hallar entre ellos una semejanza con los otros, que me pudiera suplir su falta y llenar los momentos que me dejen libres mis ocupaciones. Mañana irá á verlos; pues que su proximidad me lo facilita. Adios, Teodoro mío.

## CARTA XXXII.

### EL FILOSOFO A TEODORO.

En mi última te dije, Teodoro querido, que deseaba ir á ver cierta especie de anacoretas ó solitarios que vivian con edificación cerca de este lugar; y en efecto, al día siguiente después de haber comido, sall con mis hijos al paseo, los dejé al cargo de un criado y me encaminé solo al sitio de su habitación. Iba meditando las lecciones de mi santo director, que son las delicias de mi alma, y las meditaba cada día con una impresión mas viva, porque cada día descubro en ellas nuevas luces que ennoblecen mas á mis ojos las ideas de la religión.

En fin, cuando estube cerca del lugar indicado, ví una mediana aldea. Pregunté á un hombre dónde vivian los

sanatos solitarios, y me mostró una habitación que me pareció muy humilde. Me dirigí á ella, y sin encontrar nada que me estorbaba el paso, me hallé en una especie de huerta con alguna espanta de árboles. Di algunos pasos esperando que pareciese alguno para hablarle, y vagando por un lado y otro divisé una capilla.

Me llego mas cerca y me arrodillé en ella un hombre vestido con un saco; tenía en las manos un Crucifijo, cuyos pies acercaba con frecuencia á sus labios, y parecia tener en él fijos los ojos con la expresión del afecto mas compungido. No dudé que fuese alguno de los anacoretas. El respeto y la curiosidad me excitaron el deseo de verle

mas de cerca, y observando que un poco mas arriba habia un entrelazo de árticles, en cuya espesura me podia esconder, me dirigí á ella con mucha precaucion para no ser sentido. Mi deseo era observar sin distraerlo.

Me pareció pálido, macilento y que estaba cubierto de lágrimas; pero ¡cuál fué mi asombro cuando mirándole con mayor atención, me pareció ver el semblante de Manuel, de aquel infeliz Mancebillo cuya muerte lloraba yo tanto y cuyo incierto y peligroso destino en la eternidad me tenia en la allicion mas amarga! ¡Cómo te pintaré, Teodoro, la conmocion que me causó una aparicion tan inesperada! Yo me estremecí, mi corazon no me cubia en el pecho, y una senjeñanza tan entera me turbó de tal modo, que no sabia lo que me pasaba.

Quería persuadirme que aquello no era realidad y que era un sueño, un delirio de la fantasia, un fantasma de la imaginacion; pero cuando para desengañarme volvía á mirarlo con mas cuidado, me hacia temblar de nuevo la identidad de su figura. Algunos momentos duró esta perplejidad, y viéndolo que cuanto mas lo examinaba mas me parecía él mismo, no fui ya dueño de mí. Con un impulso superior á mi prudencia exclamé gritando: ¡Santo Dios! ¿no es Manuel? ¡Cómo el que yace en la tumba pueda adorarte entre los vivos! Y diciendo esto, con un movimiento indebidamente salté de la espesura para acercarme y reconocerle mejor.

El ruido que hice y el grito de una exclamacion pronunciada con tanta fuerza, sacaron al sacerdote de su profunda meditacion. Alzó la cabeza, fijó los ojos en mí, me consideró algun tiempo con atencion y sorpresa, y levantándose vino hacia mí, diciéndome: No te turbes, amigo; yo soy el infeliz Mancebillo; ¡por qué vienes á turbar mi amada soledad! Yo esperaba sepultar aquí, ignorado de todos, los restos de una vida cargada de delitos. ¡Qué funesta fatalidad te ha conducido á descubrir un secreto que debía morir conmigo en este retiro solitario!...

Pero ¿qué es esto? ¡tú lloras! ¿Yo te veo con un traje tan simple, con un semblante modesto, con toda la apariencia de un hombre desengañado y convertido! ¡Gran Dios! ¡tus miserias se han derramado al mismo tiempo sobre dos corazones que las mismas pasiones habian pervertido! Amigo, explicame presto este misterio; tú me asombras tanto como yo te asombro. La divina bondad me reserva este consuelo. Era el único que faltaba á los muchos que derrama sin cesar sobre los dias de mi penitencia.

Cuando al fin pude asegurar un poco el tumulto de mis sentidos y me ví en estado de articular palabras, le pedí que nos sentásemos, porque no me podia sostener, y después le conté con brevedad todo lo que me habia sucedido desde el momento de nuestra separacion, y la falsa noticia de su muerte. El me escuchaba con una admiracion y alegría que no le pude ponderar. No hay colores ni pinceles para dibujar esta escena. Era menester verla en su original y tener un corazon para sentirla. Después que se informó de todos mis sucesos, después que derramó muchas lágrimas de consuelo y que dió á Dios las mas rendidas gracias, me persuadió á informarme de las causas que habian contribuido á la melancolía de su corazon y á la determinacion de abandonar el mundo.

Tú has creído, amigo, y todos nuestros compañeros han

debido creerlo, que yo era un disoluto, impávido y temerario, que mi corazon estaba empedernido, que era insensible á todo recondimento y superior á toda inquietud, que yo vivía dando entero contento á mis pasiones y gozando en nuestra comun depravacion de la calma de una conciencia imperturbable. Así debia persuadirlo á toda la temeridad de mi desenfrenada conducta y así yo mismo procuraba afectarle por yo ya comprendes que pues yo procuraba afectar esta insensata tranquilidad, no la tenia.

En efecto, amigo, á pesar de todas mis estuertas jamás pude adquirirla, jamás pude vencer un impulso y secreto terror que me amargaba todos mis placeres, jamás pude acallar una voz interior que no amonaba con una certidumbre de tormentos, y ahora comenzo que muchos estentas, por afectacion, vivir tranquilos en el desorden á pesar del gusano roedor que los devora.

Parece incomprensible esta monstruosa conducta; pero tal es la ferocidad de las pasiones, su violencia y la corrupcion de los ejemplos producen y sostienen esta lexis é incompatible mezcla de contradicciones.

Yo me mostraba siempre el mas intrépido en todos los delitos, el mas fogoso, el mas resuelto á desafiar la cólera del cielo, y á pesar de mi afectada seguridad era una continua victima interior de todos los terrores. Un tuano, un incidente repentino, la menor aparicion de la muerte me hacia temblar, y destruido siempre por estas inquietudes no podia gozar en paz de mis perversidades. Me obstante, las multiplicas, como si el medio de sosogar mi turbacion fuera hacer mas exorbitantes excesos, ó como si la reputacion de inocuo, que tanto me costaba, pudiera recomendarlo de lo que sufría. En fin, como otros son hipócritas de la virtud, yo lo era de la depravacion y de la incredulidad.

Tal era mi situacion, querido amigo, cuando me aparté de vosotros aquella noche para preparar la infame diversion proyectada para el siguiente dia. Mi historia no será larga. Hablando ya hecho una gran parte del camino, sin saber cómo ni por qué perdí el conocimiento. Sin la menor preparacion sin el menor accidente precursor que me advirtiese mi peligro, perdí el uso de los sentidos. Así no puedo dar razon de lo que me sucedió. La única idea de que conservo la memoria, es que me al desperté de esta fatal letargo me hallé en medio de una sala. Mis primeras percepciones fueron débiles y confusas: todo me inspiraba terror y no podia distinguir nada: poco á poco se fueron disipando las nieblas que me ofuscaban, y al fin llegué á discernir los objetos.

¡Pero cómo me ví! ¡gran Dios! En un lecho fúnebre, amortajado, con las manos y piés atados, con cuatro lazos que rodeaban mi fúnebre y una cruz sobre el pecho. Esta espectáculo me horrorizó. Volví los ojos á todas partes para examinar si habia alguno, y vi que estaba solo. ¡cuánto gritar y no poder, no tanto por falta de fuerzas como por estar sobrecogido de terror. Entré poco después una mujer; yo la dije algunas palabras mal articuladas: ella se separó de verme vivo, dió pavorosos gritos y salió huyendo.

A poco rato vino un hombre vestido con el mismo traje en que me ves. Se llegó á mí con paso lento, como si fuera á mirar si era cierto lo que le refirió la mujer, ó como si temiera enojarlo. Viéndome con los ojos abiertos

yo yéndome que le preguntaba ¿qué era aquello? me respondió con mucha diltancia: No os inquietéis, señor, señores; Dios os vuelve á la vida, y espero que vais á recobrarlos. Al instante empieza á quitarme las ligaduras, me despoja de todos los arcos de la muerte, llama á dos paisanos para que la ayuden, entre los tres me trasportan á otra pieza, y me ponen en un cama.

Yo les dejaba hacer sin comprender nada; pero cuando al fin vi que todo estaba hecho, le pregunté por qué me hallaba en aquel estado. El me dijo: de todo os daré razon cuando os vea restablecido y en disposicion de oírme. Ahora estais delicado y cualquiera impresion fuerte os pudiera hacer mal. Conviene, pues, que reposéis primero, que toméis algun alimento para reparar vuestras fuerzas, y sobre todo, que no habléis ni os agitéis. Solo os diré con el fin de tranquilizaros, que en vuestro coche os ha sorprendido un letargo tan profundo, que os hemos creído muerto, y esta es la causa porque os habéis visto en aquel estado; pero Dios os ha conservado la vida. Espero que no será necesario os veréis recobrado. Así, señor, os pido por ahora tranquilidad y silencio.

En este tiempo se iban desarrollando mis ideas. La primera fué extrañar el no ver conmigo los criados que me acompañaban, y á pesar de sus recomendaciones de silencio, no pude dejar de preguntarle por ellos. El me respondió: El uno, señor, persuadido de que ya habías muerto, partió del mismo camino para avisar á vuestros amigos. El otro yace en el lecho gravemente enfermo. Esta casa es de mi padre, está solitaria, y en medio del campo; pero mi padre ha ido al lugar mas inmediato para llamar al cirujano. No hay actualmente en ella mas que mi madre y una criada, que es la que se espantó cuando la hablasteis. Ya estais enterado de lo mas preciso, y esto debe bastaros por ahora. Con esto hice señas á su madre para que se acercara. Yo la vi pero volvió á recomendarlos el silencio.

Era buena mujer y aquel benito ermitaño me asistieron con mucho cuidado y me dieron todos los socorros que mi situacion necesitaba. Pocos horas después me sentí muy aliviado y así como si nada hubiera tenido. Dueño ya de mí y de mis ideas, les pedí me contasen mas por extenso todo lo que habia pasado por mí: ellos lo hicieron explicándome que esta era una afección ó muerte aparente, accidente no raro pero que ellos esperaban no tendría consecuencia. Me volvieron á decir que Jacinto, que era el criado que se quedó conmigo, no habiéndolo podido resistir al dolor y á la fatiga, habia caído con una fiebre violenta, y que estaba de peligro.

Todas estas noticias me inquietaron mucho. Este accidente tan impenso y súbito de que acababa de salir, la idea de lo que hubiera sido de mí si la muerte que me habia rodeado tan de cerca hubiera descargado el último golpe contra mi vida, y el temor de que me volviese á repetir, me turbaron mucho el corazon. Se me presentó á la vista con terrible aspecto el envejecido desorden de mi conducta, mis delitos, blasfemias y abominaciones. Vi con horror el profundo abismo en que me encontraba sumergido, y al fin empecé á alumbarme la luz del desengano.

Poco después se apoderaron de mi corazon el pavoroso terror, las angustias devorantes, los feroces remordimientos. Habiera dado cuanto tenía por salir de aquel estado de con-

gras; pero no sabia cómo. No me dividí de la miseria divina; pero el peso y la enormidad de mis delitos me abrumaba. Por otra parte, ni veía allí á quien dirigirme ni sabia por dónde escapar. Estas mortales agonias me causaban frios y espesos sudores con que me sentía desfallecer. El temor de otro nuevo accidente me redoblaba las angustias.

Lo que mas me afligia era que la suerte me hubiera traído á una casa sola en medio de un yermo donde no habia un sacerdote que me pudiera socorrer, y esta circunstancia me acordaba un castigo de Dios, que no me queria perdonar. Los vientos que daba en la cama, los violentos suspiros que me arrancaba la inquietud, y los mal articulados acentos que se me escapaban de los labios, excitaron la atencion del ermitaño, que se acercó á mi lecho para ver si necesitaba de algo. Yo le pregunté qué hora era; me respondió que medía noche, que su anciana y enferma madre se habia ido á acostar, pero que él me velaba y estaba allí para asistirme en lo que fuera necesario.

Yo hubiera querido explicarle la causa de mi turbacion, pero una falsa vergüenza me detenía. Por otra parte, ¿qué adelantaba en desconfiar á un hombre cuyo traje acreditaba su rusticidad, y que era incapaz de socorrerme en mi deplorable situacion! Combatido con esta lucha de temores y desconfianzas sin ver un rayo de esperanza, ni medio que me pudiera salvar de tanto riesgo, me asaltaron al corazon algunos movimientos de despecho, y no pudiendo resistir á tanto tropel de angustias, caí de nuevo en el mismo accidente. Volví á cerrar los ojos á la luz y á enajenarme por entero.

Quedé tan fuera de mí como no la primera vez; pero supe después que este segundo accidente no fué tan largo como el primero y que volví en mí á las cuatro de la mañana. Lo que por mí puedo decir es, que habiendo vuelto á recobrar los sentidos con la misma pausada lentitud que la vez primera, me hallé otra vez en el lecho sin estar bien en mí y recordando, y que el primer objeto que se presentó á mi vista fué el solitario que leía en un libro. Di un suspiro, y el vino prosuroso con aire alegre; me dijo algunas palabras para consolarme y me volvió á pedir con encarecimiento que no hablara porque todo esfuerzo me seria peligroso. Pero mis deseos eran diferentes, porque entonces ya pude recoger mas pronto mis ideas, y conocí distintamente que habia estado otra vez en un profundo letargo. Lo que mas me afligia era considerar que está en tan deplorable estado sin la mas ligera indicacion precedente y que la naturaleza no me daba el menor aviso que se repeticion las accidentes, pues en tan corto intervalo ya me habian sucedido dos veces, que era verosímil me viniesen nuevos ataques, que alguno de ellos, y quizá el primero, podia ser el último y llamarme sin pensarlo en los abismos de la eternidad.

Estas ligübre ideas volvieron á renovar todas las ansias de mi terror y sentí que se me erizaban los cabellos. Allí se me representaron como en compendio todos los horrores de mi vida y se me figuró que no habia remedio para mí. ¡Qué hubiera dado entonces por tener un sacerdote que me aconsejase á instruyese! Porque mi mal no daba tiempo ó podia no darle á causa de las accidentes que se repeticion tan continuos.

Tan amargas reflexiones que se tropellaban unas á otras

me atormentaron tanto, que no siendo capaz de moderar mis movimientos, empecé á dar voces como un furioso. Mi buen compañero quiso consolarme con sus dulces palabras; pero yo no escuchaba nada y prorumpí en discursos insensatos sin saber lo que decía. Es natural que se me escapase algo de mis remordimientos y temores, pues aquí bien hombre, después de dejarme esegar me dijo: Señor, si tenies alguna inquietud de conciencia, yo soy sacerdote. ¿Vos soy sacerdote? le respondí con ansia; pero que importaba si parece que Dios no quiere perdonarme!

Entonces el buen ermitaño empezó á decirme con suavidad algunas palabras para excitarme confianza. Yo le escuchaba con interés, y me dijo tanto, que al fin mi corazón se abrió á la esperanza. Ni el tiempo ni el modo en que nos hallamos me permite referirte la larga é interesante conversacion que tuvimos entonces. Basta decirte que yo, temeroso de la repetición del accidente y gobernado por aquel hombre de Dios, que después reconocí ser tan sabio como santo, hice una de aquellas confesiones apremiadas á que obliga el miedo de la muerte, con poco tiempo y disposiciones sospechosas; confesiones que solo Dios puede saber si son buenas, y yo le doy muchas gracias de que no ha permitido que fuese á darle cuenta con la mia.

No obstante que esta confesion no debia dejarme satisfecho, conseguí alguna calma con la esperanza de hacerla mejor si Dios me daba tiempo. Me sentí algo mas sossegado. El ermitaño, que yo habia visto hasta allí con indiferencia porque me habia parecido logo é ignorante, ya me inspiraba un gran respeto. Su calidad de sacerdote, de que no tenía antes idea, me hacia le mirase con otros ojos, y su prudencia, celo y caridad me habian ya ganado el corazón. Por otra parte, este hallazgo súbito é inesperado, esta dicha de haber encontrado en él contra toda mi esperanza un ministro de la religion, excitó en mí la reflexion de que Dios me le habia deparado para remedio mio, y este pensamiento me llenó de inflexible consuelo.

Yo resolví, pues, dejarme conducir por él, mirándole como un ángel venido del cielo que la misericordia divina me habia enviado. Su celo no se desmayó un instante, y aunque observé que procedía con mucho miramiento por el temor de fastigarme, ví tambien que aprovechaba todos los momentos y que me hablaba sin cesar, aunque con mucha dulzura, de la bondad de Dios, de su deseo de perdonar al verdaderamente arrepentido. En fin, se valió de todos los medios para desahogar mi corazón y para avivar mi confianza. Todo su afán era excitarme á contrición, amor y propósito de mudar de vida.

En este tiempo volvió el amo de casa trayendo consigo un cirujano que me suministró algunos remedios. Su venida me pareció tambien muy oportuna para el infeliz Jacinto; pero ¡ay! no le pudo salvar; su calentura le arrastró al sepulcro, y yo tuve el consuelo de saber que por lo menos murió en la mano de mi buen director, que le confesó y le anició en sus últimos alientos. ¡Cuántos nuevos remordimientos se avivaron en mí alma con la muerte de este criado que tenía tanta parte en mis iniquidades! ¡Cuántos nuevos motivos de agradecimiento de que Dios se dignase darme mas tiempo para prepararme mejor á una saludable confesion!

Dos dias mas se habian pasado en este estado sin que me volviese á atacar el accidente. Yo me sentía tan reco-

brado que me quisiera vestir, y lo hice sin peligro. El santo ermitaño me asistía á todo y me servía hasta de criado. Yo me confiaba de ver un hombre á quien vacaba ocuparse conmigo en tan bajos oficios; pero su humildad no reparaba en nada y la necesidad me forzaba á recibir sus obsequios.

Cuando estuviere vestido me hizo sentar, y poniéndose de rodillas me dijo: El primer paso después de recobrar la salud sea, señor, dar gracias al autor de todo bien por esta beneficencia y prometerle de nuevo una entera reforma de vida, y empezar desde ahora á preparar con tiempo y despacio una buena confesion general que repare los inevitables defectos que ha podido tener la pasada; una confesion que os abra con seguridad las puertas de la misericordia divina, los brazos de nuestra santa madre la Iglesia, y que os establezca mas firmemente en su divina amistad.

Este discurso y el ademan fervoroso y caritativo con que me lo dijo me conmovieron mucho. Las lágrimas me vinieron á los ojos. Yo pensé tambien ponerme de rodillas, pero me lo embarazó diciéndome que Dios no queria mas que el corazón. Con este motivo se levantó el mismo, y yo confirmé todos las promesas que pedía de mí. Después se sentó á mi lado. ¡Pero cómo es posible te repita todo lo que me dijo este siervo del Señor acerca de lo poco que hay que fiar en una confesion hecha tan de prisa y únicamente inspirada por el temor de la muerte, cuando era necesario que empezases á hacerla de nuevo, apliéndome de nuevo á ejecutarla con todo el ardor de mi alma y con sentimientos mas dignos del Dios de misericordia, que me daba tiempo y me llamaba visiblemente á la emienda de mi vida!

Este santo hombre me hizo deshacer en llanto. Yo le respondí que pues el cielo le habia destinado para mi bien, estaba dispuesto á dejarme conducir por sus consejos y que haría cuanto me mandase. El me replicó que pues aquellos accidentes eran tan súbitos y traidores, era prudente no malograr tan instante, y desde el momento mismo volviese á renovar las memorias de mi confesion primera y á desenraizar lo enmarañado madeja de mi desastrada vida.

Tres dias habiamos dado ya á este ejercicio, cuando estando ocupados en él, se avisó al ermitaño que un propio le buscaba con una carta que leyó en mi presencia. Advertí en su semblante muy sensible alteracion, y preguntándole el motivo me dijo: Ea, señor, una novedad que siento mucho, porque me pone en la necesidad de hacer un viaje y separarme de vos por algun tiempo. Mi comunidad me llama; uno de nuestros compañeros está en el artículo de la muerte y desea que yo le asista en sus últimos momentos.

¡Y qué, amigo! le dije yo asustado, ¿se abandonasen en estas circunstancias! Es imposible, me respondí, que pueda negarme á oficios que son entre nosotros de la mas estrecha obligacion. Espero que de un modo ó de otro presto estaré de vuelta, y volveremos á andar el hilo que dejamos suspendido. ¡Pero si entre tanto, le replicó yo con viveza, me sorprende otra vez el paraisismo! No lo querés Dios, me volvió á decir; el Señor no empieza sus obras para dejártelas imperfectas.

Yo me quedé sumergido en el mas profundo dolor. El queria que mientras se disponia su viaje renovásemos nuestra confesion; pero yo no estaba en estado. Mi turbacion era extrema y me sentía desfallecer. El me hizo re-

flexionar de nuevo las razones que le hacian este viaje indispensable; y con este motivo me explicó que su comunidad se componia de doce individuos que voluntariamente se habian unido con la intencion de vivir en comun y ejercitarse en actos de religion y penitencia; que siendo todos tegos, habian buscado un sacerdote para que viviese con ellos, les dijese la misa y les administrase los sacramentos; que á pesar de su indignidad habian echado los ojos sobre él, y le habian hecho esta proposicion, y que él la habia aceptado con mucha complacencia.

Me añadí que hacía tres años que esta comunidad se habia establecido á doce leguas del lugar en que estábamos, en una casa que pertenecía á uno de ellos y que habia cedido para el uso de todos; que en ella se habia erigido una capilla con licencia del obispo y de los magistrados, que él habia vivido allí continuamente desde su principio; pero que su madre lo habia hecho tantas instancias para que la viniese á ver una vez antes de morir, que él habia creído no deber negarse á su tierna solicitud, y que con licencia de sus compañeros habia venido con el designio de pasar pocos dias en compañía de sus padres, y con la precaucion de haber dejado á su superior noticia de su paradero para que le avisasen si habia necesidad de su ministerio.

Ya veis, señor, conculchó, que yo soy el único sacerdote de aquella casa: ¿cómo puedo dejar de ir en un momento tan esencial como la muerte de un compañero? Yo le confesé que conocia toda la fuerza de su razon, pero que eso no ossegaba mi inquietud ni me disipaba el temor. En esto me ocurrió que yo podia ir con él, y se lo propuse; pero me respondió que mi estado de salud no permitia emprender aquel viaje; que por otra parte, allí no encontraría ni las comodidades á que estaba acostumbrado, ni los remedios que exigia mi situacion actual. Yo le dije que en cuanto á mi salud me sentía en disposicion de hacer viaje tan corto, y que en cuanto á mis comodidades, un pecador como yo debia tenerse por dichoso si participaba de las asuavidades de aquella santa comunidad. El buen ermitaño quiso replicarme todavia; pero le hablé con tanta resolucion, que no se atrevió á insistir mas. Al fin le dije: Amigo, si no me tenéis por indigno de vuestra compañía y la de vuestros santos compañeros, llevadme con vos, llevadme á ver los ejemplos de esos penitentes que no tienen que llorar tantas pecados como los míos. El buen sacerdote me dijo: No replico mas. No permita Dios que yo me oponga á designios que tal vez son inspiraciones.

Al otro dia antes de ponerse el sol llegamos á esta humilde casa, caubán á los ojos de los hombres, pero espléndido palacio á los del cielo. Esta es una habitacion de santos. Mi corazón, ya prevenido por el impulso de la divina gracia, no pudo resistir á la impresion de los graves y augustos ejemplos de virtudes y religion que se me presentaban todos los dias en el recinto de este augusto retiro. ¡Qué hombres, amigo! ¡qué silencio! ¡qué fervor! ¡qué felicidad tan dura! La vista de este órden, de esta severa armonia tan nueva para mí como digna de veneracion, me elevó el alma. Conoci que habia otros deliciosos en la tierra muy superiores á las que yo experimentaba cuando vivía á gusto de los ermitaños y segun las máximas del siglo. Los benditos ermitaños me recibieron con aquella dulce y sincera benevolencia que el mundo afecta y solo es propia de la caridad cristiana.

Aquí fué donde acabé mi confesion general. Aquí se dignó el Señor asistirme para mi reconciliacion por medio de su santo sacerdote. Aquí recibí el pan del cielo. El tiempo y la circunstancia en que estubo, porque ya se llega la hora de ir á la capilla, no me permitian extenderme; pero si podemos vernos otra vez mas despacio, le contaré cosas admirables, en que veréis los prodigios de la Providencia y la extension de sus misericordias.

Esto te diré que después de haber hecho todo lo que debia, me apliqué por consejo de mi confesor á repasar todos los cargos de mi conciencia y á poner órden en mis negocios; pero que hice todo esto en secreto y de manera que no se supiera que era yo. Mi intencion era morir al mundo y no desmentir la noticia que habia corrido de mi muerte para llorar aquí mis errores y consagrar el resto de mis dias á los gemidos de la penitencia. Mis santos hermanos se dignaron de admitir entre ellos al que no es digno sino de admirarlos, y después de algunos dias procurrí imitar, aunque muy débilmente, sus ejemplos.

Puedo añadirte que jamás he sido tan feliz, que nunca he pasado dias tan serenos ni tan llenos de consuelo y de paz, que no puedo ahora explicarte ni todo lo que debo á Dios ni la dulce tranquilidad de que gozo. Contentado ahora con haber sabido la razon por qué me hallas aquí, cómo Dios me ha conservado la vida, y dale gracias de encontrar al antiguo y perdido apóstol de la incredulidad, al insensato predicador de iniquidades y delitos en la casa del Señor y vestido con el traje de la penitencia. Lo único que me aflige era el considerarle todavia sumergido en el error. Así puedes considerar el consuelo que recibí cuando veo que el mismo sucesos que me ha conducido al arrepentimiento y al dolor, ha contribuido para conducirte á la religion y á la virtud! ¡Qué asombrosa, qué admirable es esta tan incomprendida y escondida combinacion de las ideas del Señor! ¡Quién podía prever que en los consejos del Omnipotente estaba señalado el mismo instante para la conversion de dos hombres tan exagerados, de dos monstruos que se habian entregado tan desenfundadamente á la perversidad de las opiniones y costumbres! Mas, . . . . . Pero la campana toca: adios, amigo, que aquí no nos hacemos esperar. Manuel se fué y yo quedé tan sorprendido como el caminante á cuyos pies cas precipitado un rayo. Necesité de mucho tiempo para salir del profundo estupor en que me hallaba sumergido. ¡Oh Dios! decia yo saliendo de esta dichosa huerta en que acababa de ver y oír cosas tan inesperadas, ¡oh Dios! ¡quién quo de buena fe examina el origen de una transformacion tan universal y tan completa, puede desconocer la fuerza de tu brazo!

¡Pero qué Dios de bondad, este descubrimiento tan increíble como inesperado, ¿no es un aviso tuyo para advertirme que yo no he cumplido todavia con todo el designio de mi misteriosa! ¡Qué, señor! ¿lebo yo buscarle menos? ¡no debo siquiera hacer lo mismo que hace el amigo, el compañero á quien he igualado y quizás excedido en la multitud y enormidad de los vicios! Dios de misericordia . . . . . Y prometido en presencia del cielo, único testigo de mi entrevista con Manuel, que pues le limité en los excesos le introduciré en la emienda, que seguiré sus huellas y que tendré á sepultar mi vida y expiar mis delitos en el mismo sepulcro.

¡Qué! mientras el compañero de mis desórdenes llora en

iniquidad con la austera librea de los mártires de la abnegación; cuando lo veo incorporado en la penitente sociedad de los atletas de la cruz; cuando pasa sus días en la meditación de los años eternos y me los tiernos gemidos de su doliente voz con los sagrados cánticos que resuenan en el largo silencio de las noches; cuando Manuel sobre la dura tierra y en un lugar consagrado á los suspiros y á las lágrimas, pide á Dios sin cesar perdón de los delitos que hemos cometido, cuando, en fin, la imagen de su austeridad y penitencia me seguirá por todas partes, ¿podré la temeridad de verme sin rubor en una casa cómoda y vivir en el seno de la abundancia? No, no; pues lo acompañaré en los delitos, es justo que lo acompañe en las expiaciones.

Dios mío, asísteme mi resolución. Espero que te será agradable pues que tú me la inspiras. No me has hecho venir aquí en balde, sino para enseñarme el camino que debo seguir. Sin duda que la aprobará el santo director de mi conducta, pues es tan conforme á sus principios y á la firmeza de los propósitos que me ha inspirado. Al instante que llegué á mi casa le escribí lo que me habías sucedido y el ánimo que me hallaba. Le dirigí mi carta con un expreso, y este al cabo de tres días me trajo la respuesta que te voy á copiar. Dices así:

¡Qué admiración, qué placer me ha causado vuestra carta! cuando debemos amar y amar á este gran Dios, que en medio del tumulto que producen las pasiones y movimientos de la tierra, forma en silencio sus escogidos para sacarlos del abismo en que su fluidez los sumerge y levantanlos hasta su luz inaccesible; ¡cómo este mundo tan miserable y tan pequeño por la calidad de los intereses que lo agita, se transforma á los ojos del sabio que observa con la luz del Evangelio, en un inmenso y magnífico teatro en que se reconoce la mano poderosa de la eterna sabiduría que le dirige y gobierna; esta mano dulce y pródiga que del fondo del barro mas desleznable saca seres en que reverbera el esplendor de su Divinidad; esta mano sabia que por caminos inexplicables y profundos los dirige al término exceso de su reino; esta mano misericordiosa que quiere conducirlos para que en el día triunfante de la ascension de los miembros de Jesucristo, vayan con ellos y tengan asiento en el seno de su reposo, de su alegría y perpetuidad!

¡Cuántos motivos de admiración me produce el suceso que me referís! Vos no buscáis mas que el inocente placer de un paseo silencioso, y Dios os ha hecho conocer en el fondo de un austero retiro toda la invencible fuerza de su poder, y con un ejemplo extraordinario que os toca tan de cerca, os ha manifestado que en medio de los males que ocasiona la corrupción humana, se separa en separar de ella á los que quiere glorificar en su mansion divina, y qué con una rapidez que asombra á los espíritus celestes, sabe hacer que los mas perversos de los hombres pasen á la clase mas angusta y venerable de sus escogidos.

¡Cómo ó por qué don Manuel ha podido en tan poco tiempo ser objeto del amor y las atenciones del Eterno! ¡de dónde le ha venido esta fuerza que de repente y contra sus propias esperanzas le ha hecho superior al mundo, á sus sentidos y á toda esa multitud de vicios y cadenas que le hacían un monstruo de la incredulidad y depravación! ¡de dónde descendió esta nueva luz que le hizo ver tan prontamente las vanidades de la vida y los arcanos de la eternidad! ¡Dios infinito! ¡Dios bueno! Estas son tus obras,

siempre grandes y admirables. Solo tu brazo invisible y omnipotente puede ejecutar en la tierra prodigios y vocaciones de un órden tan superior al poder humano y tan contrario á todas las verosimilitudes de nuestras ideas.

Vos habéis hallado, señor, sin esperarla, una repetición asombrosa del gran milagro de microrrisión que la bondad divina ha obrado en vuestro corazón. Este Dios piadoso os ha proporcionado este encuentro maravilloso para hacerme mas completa vuestra felicidad por haber salido de un abismo. También me ha querido quitaros la amargura por el temor que don Manuel hubiese muerto sin haber tenido tiempo para lavar sus escudalios y purificar sus últimos suspiros. ¡Dalle gracias, señor, pero considerad que la terrible imagen de una muerte imprevista y precipitada no pierde nada de su verdad ni de su fuerza por no haberse realizado en aquella circunstancia que os produjo una impresión tan profunda como saludable. Mientras el amigo que llorabais muerto estaba vivo, la desgracia que él no sufría se verificaba en muchos lugares de la tierra en personas igualmente culpadas y tan mal dispuestas á presentarse en el divino tribunal.

También me ha causado mucha complacencia la noble y valerosa emulación que os inspira este ejemplo, porque anuncia un corazón dispuesto á todo y capaz de los mayores sacrificios. Sin duda que los tabernáculos del Señor son amables y que en ellos habitan los dichosos; pero hay reglas de moderación y de prudencia que no debemos olvidar ni aun cuando buscamos á Dios y la virtud. San Pablo quiero que seamos reservados y discretos hasta en el bien. Todos debemos obedecer á la ley del Evangelio; pero este nos enseña diferentes caminos para la santidad, y ninguno debe escoger los que pueden alterar las leyes de la naturaleza, cuando esta nos ata con vinculos y lazos mas estrechos y después de tomar estado de superior importancia á las mas santas instituciones.

Dios, que es el autor supremo de la religion, ha sabido unirla con la naturaleza; de manera que siempre aliada con ella, lejos de contradecirla no hace mas que sublimarla. Así quiere que vayan de concierto y que el cristiano respeto en cada una los designios del autor de las dos. Entre todas las relaciones que produjo en la sociedad, á ninguna dió un carácter tan tierno y tan angustioso como el título de padre. Cuando bajó á la tumba la virtuosa compañera de vuestra vida dejó en vuestros brazos dos hijos, y vos los debéis cuidarlos, instrucciones y ejemplos.

Don Manuel no tenía estas obligaciones. Se hallaba libre y no vivía sino para sí mismo. Así su retiro no podía producir quebra ni falta en el órden social. Le era pues permitido entregarse todo entero al error de su celo y su penitencia; pero Dios os ha dictado vuestras compañías cuando os dió esta preciosa posteridad que debe crecer y criarse á vuestro lado. Si este imperioso impulso no las detendiera algunas almas extraordinarias, si á pesar de los genios de la naturaleza se las ha visto volar á los desertos, si han tenido el valor de romper las barreras que les ponía su propia sangre, estas son excepciones que solo pueden autorizar la profundidad de la inspiración divina, y no pueden servir de regla en el curso ordinario de la vida, ni determinar el género de nuestros sacrificios y expiaciones.

Cuando viváis sin ley y sin principios, entonces hubiera sido útil á vuestros hijos que os separárais de ellos para es-

condenarlos la contagiosa vista de costumbres irreligiosas y desenfrenadas; pero ahora que pueden ver en vuestra conducta lo que los hará muy dichosos si lo imitan, vuestra separación les sería muy nociva, porque los privaría del mejor preservativo que ha podido proporcionarles la piedad divina contra el contagio de este siglo. Vos no sois verdaderamente padre sino desde que teméis al Señor, y cuando ya sois capaz de manifestar su gloria á dos inocentes criaturas por cuyas venas corre vuestra sangre.

¡Ay, señor! pues vuestra tierna esposa fué digna de vuestro respeto y lo es ahora de vuestra pena, tened por cierto que no pudo morir sin el dolor de no ver logrado el mas ardiente de sus deseos y la mas dulce de sus esperanzas. No dudéis que murió pidiendo al Dios que iba á juzgarla, que moviera vuestro corazón y os hiciera digno del título sagrado de padre. ¡Esoal pues ahora con vuestro cielo paternal que ella goza en el cielo del fruto de su oración posterior, y recompensada con vuestra aplicación de las amarguras con que habéis acompañado su inocente vida; trabajad con ardor en la educación y felicidad de los hijos que llevó en su vientre, que eró con tan solícitos afeos y que estrechó tantas veces con su materno corazón.

Quedaos, pues, señor, en medio de estos tiernos y sagrados frutos de una union que vos hubiérais debido enlazar mejor y cuyos agravios estais obligado á reparar. Nada hay tan grande ni tan meritório en la tierra como formar hombres religiosos enseñándoles el conocimiento de Dios y el amor de la virtud. Nada es tan delicioso ni tan dulce como ejercer este sublime empleo con aquellos cuya felicidad nos interesa, porque amamos en ellos nuestra propia sustancia. Imaginad qué gozo debe ser para un corazón iluminado por la fe poder decirse á sí mismo: Este niño tierno que amo tanto, que es á mis ojos tan amable y precioso, va á ser santo de Dios, será llamado hijo del Altísimo y se verá dentro de poco elevado á la posesion de un imperio que ninguna revolucion podrá destruir. ¡Oh religion divina! sola tú puedes coronar con tanta magnificencia los afectos de la naturaleza; ¡solo los que se gobiernan por tu luz pueden gustar con tanta dulzura la dicha de ser padres!

Me ha parecido, señor, haceros estas reflexiones para confirmarnos en la resolución de pensar muy seriamente en la educación de vuestros hijos, sobre todo en la educación religiosa. Yo quisiera poder indicaros aunque ligeramente el punto de vista ó el aspecto en que parece debiérais enseñarles el espíritu y las intenciones del cristianismo, y si me lo permitis lo podré hacer otra vez mas despacio. Este asunto es el mas esencial de todos, porque la religion bien conocida es el mejor preservativo para las costumbres y el antidoto mas seguro contra la incredulidad.

Hay ciertos gentes por la mayor parte buenas pero muy tímidos, que quisieran prohibir á los simples todo exámen en materias de religion. Esto nos da que no la conocen bien. Acaso este sistema de fe sencilla y ciega pudiera ser mas seguro si las costumbres y el carácter del siglo las respetaran, si las dejaban intacta y no trabajaran por alterar su pureza; pero cuando la corrupción de los sentidos y los errores de los sofistas multiplicando sus ataques hacen tantas conquistas sobre la brillante juventud que se junta de instruida, fuera culpable indolencia no servirse para defenderla de las armas superiores que la aseguran la victoria.

Esta juventud seducida, porque no está ilustrada mas que á medias, no tiene con que instruirse mejor y desengañarse de los sofismas que la pervierten. Y como por las ventajas de su nacimiento es instruido da el tono á lo que la rodea, sus discursos y sus ejemplos se propagan hasta las clases inferiores, y veí aquí cómo se inicia progresivamente toda la masa de la sociedad. El grande remedio de este mal es enseñar bien la religion, reproducir continuamente los sólidos fundamentos que la prueban, las evidentes é irresistibles razones que la demuestran; y no temer esos genios pasionales que la religion sea examinada por todos sus aspectos; pues ninguna cosa la puede hacer adorar tanto como un examen apurado y circunspuesto. En los tímidos cesaría esta inquietud si ellos mismos la conocieran mas á fondo.

Pero en fin, señor, esto toca al gobierno, y no podemos hacerlo nosotros. Mas parcos que en nuestras primeras conversaciones ya os dije algo sobre cuánto contribuya á la incredulidad la insidiosa falta de nuestra educación, y si es lo repetido aquí es para haceros conocer la indispensable necesidad en que están los padres de familia de ejercer una especie de magisterio domestico y de ser en medio de sus hogares los ayos y los apóstoles de sus hijos. Un padre que conoce la fe y vive con la esperanza de sus promesas, no puede ver sus tiernos renuevos que crecen á su vista sin derramar lágrimas de alegría y de consuelo, cuando considera el alto destino que puede preparar á estos objetos de su amor con la instruccion y vigilancia.

¡Oh infancia inocente y preciosa! ¡Cuán puede verte sin amarte y cuán puede amarte sin deplorar la incomprendible ceguera de estos padres crueles que no procuran darte mas instruccion que la que puede pervirtirte, atormentarte y perderte como se pierden ellos!

Esto basta por hoy; no quiero detener mas vuestro correo. Mi designio por ahora es responder á vuestra carta y haceros ver la necesidad de corresponder á vuestra vocacion cumpliendo con las obligaciones del estado en que Dios os ha puesto, y que entendáis que vuestros hijos, familia, criados, vasallos y convecinanos son los objetos que ha puesto á vuestro cargo el gran Padre de la familia humana. En esta he pretendido haceros conocer que esta obligación es necesaria. En otra os expendré algunas reflexiones que podrán ayudaros al desempeño de tan alta confianza. Yo pido á Dios que os sostenga y os guarde muchos años.

¡Qué diceis, Teodoro, de esta carta! Yo no esperaba esta resolución. ¡Pero qué puede hacer sino someterme á dictamen tan luminoso y cristiano! ¡Qué pudo hacer sino recibirle como ordeno dictado por la voluntad soberana! ¡Mil veces bendigo cada día al hombre virtuoso que de todo se sirve para confirmarme en la fe, y que prometiéndome un plan que enseñe la religion á mis hijos, me facilita los medios de que yo mismo la aprenda.

Pero en fin, Teodoro, ¡qué cargo, qué empresa es la que se me prepara! La crianza de mis hijos, el gobierno de una familia numerosa, su conversion, pues que tanto he contribuído á pervertirla, la distribucion de mis rentas, en que los indigentes debent tener la mejor parte, el buen ejemplo que debo á todos para contrarrestar sin públicas discusiones y restablecer mi perdida reputation, los medios de hacer el bien que pueda con oportunidad, ilustracion y pru-

dencia. ¡Cuántas cosas tan superiores á mis fuerzas y para que necesito de un amigo sólido, de un guía esclarecido que no solo me dirija, sino que me sostenga!

Teodoro mio, haz tambien leer á Mariano esta carta y todas las demás que te escribí: invoca su amistad, excita su celo, apresura su diligencia, no le des cuartel, y dile

que un amigo que lo necesita lo aguarda con inquietud, que ya tiende los brazos para recibirle; que venga á conducirse al cielo después de haber enseñado el camino á sus hijos y á toda su familia, que va á adoptarle por su padre común y bienhechor universal. Adios, Teodoro.

## CARTA XXXIII.

### EL FILOSOSO A TEODORO.

Querido Teodoro: ya recibí la nueva carta que me habia prometido mi celoso director, y me apresuro á enviarte una copia; dice así:

Señor: para explicarnos mis ideas sobre los medios de hacer conocer y amar la religion á nuestros hijos, debo empezar por decirles que el logro de este digno afán depende de hacerles entender bien el espíritu y el verdadero objeto de la fe, y para esto debemos principalmente ocuparnos en la meditacion de los santos libros, porque sólo en esta pura inagotable fuente se bebe el agua cristalina que purifica nuestras almas y nos hace capaces de heroicos y sublimes esfuerzos.

Solo en las sagradas Escrituras se pueden hallar los principios verdaderos que nos pueden instruir, fijando nuestras ideas del orden, de justicia y de felicidad. Solo en ellas podemos encontrar especímenes dignos de la grandeza de nuestra imaginacion, objetos proporcionalados á la necesidad y prevision que sienten los espíritus nobles y elevados de contemplar y admirar lo que es grande y magnífico y afectos dignos de excitar la sensibilidad de un corazon tierno y generoso.

Si concebiamos bien la constitucion humana, veriamos con claridad que lo que por lo común aleja á los hombres de los bienes que la fe promete, es una enfermedad de su naturaleza mas fuerte que todo el poder de su razon. Y el que quiere persuadir que la naturaleza misma hallará su interés unido con el de la religion, es es el que podrá hacerla amar. Es mas raro de lo que parece que la razon sola determine la estimacion, las preferencias y la conducta de los hombres. La imaginacion y la voluntad son potencias mas poderosas y logran por lo común inspirarnos sus opiniones.

Esta disposicion general que hace de nuestra flaqueza, es mayor en los niños, y es, digámoslo así, su carácter. Sus almas inexpertas solo saben mirar y sentir. Apenas pueden erorr que verdaderamente exista sino lo que ven con sus ojos ó lo que tocan con sus manos, y nosotros por la mayor parte somos niños toda nuestra vida. Así vemos por experiencia, que no creemos lo que no vemos, ó si impelidos por la autoridad lo creemos, es con frialdad y de

manera que aquellos objetos no nos producen impresiones fuertes.

Por eso cuando nuestra razon convencida no puede resistir á las demostraciones acerca de la fe, procuramos excitarnos al amor de la religion, presentándole á nuestra alma con objetos mas capaces de ser imaginados ó sentidos, y para esto preferimos las imágenes mas análogas ó que son mas parecidas á las que nos interesan y conmueven en el orden de la naturaleza y de la sociedad.

El gran secreto que puede hacernos amar la religion, es hacernos conocer que de ella pendió todo lo que mas deseamos, lo que buscamos con mas ansia y que es el fin último de nuestra felicidad, las verdaderas riquezas, la sólida gloria, la prosperidad soberana, la inmensa fortuna; en fin, que todo lo que mas halaga al corazon humano, todo está comprendido en la grande salud que trajo á la tierra Jesucristo.

Bien así que el establecimiento del reino de Dios no es obra de la prevalencia de los hombres; pero como ha subrogado en estos el leve cargo de preparar los ánimos á los triunfos de su gracia, los hombres deben servirle de todo, hasta de nuestras pasiones y flaquezas, para conducirnos al conocimiento y amor de la verdad, y para disponernos á recibir aquella gran luz con la que ya no se necesita ni de exhortaciones ni documentos.

Por eso Dios, que quería abrir las puertas de la vida eterna así á los mas sencillos hijos de los hombres como á los ingenios mas sublimes, se dignó de encerrar toda la religion en un orden ó serie de sucesos que son palpables para todos y que adquieren un ascendiente victorioso en las almas sensibles y rectas. Desde aquel instante solamente en que Dios rompió en eterno silencio y manto á la luz que saliera del caos de la noche, hasta el establecimiento de su pueblo en la tierra prometida, y el triunfo de su culto en medio de Jerusalem y del mundo, todo es una cadena de hechos y prodigios que por sí sola debiera excitar á curiosidad, aun cuando un aparato tan augusto no tuviera otro fin mas alto ni nos produjera un interés tan personal.

En la historia sagrada se lee que los hijos de los patriarcas y profetas no hallaron el consuelo de sus tardes sept-

ranzas, ni verdaderos motivos de paciencia y constancia en las vicisitudes alternadas de sus destinos, sino en los continuos recuerdos de las maravillas que hizo Dios para establecer su antiguo imperio. Sus padres, para enseñarles la religion, les mostraban los monumentos de lo que habia hecho Dios por sus mayores y exponían á sus ojos la larga historia de los hechos milagrosos que prepararon aquel gran día en que debía consumarse todo con la suaverte y resurreccion del divino Mesias.

Así lo hicieron tambien nuestros ascendientes, y nuestros abuelos estaban mejor instruidos que nosotros, porque en los siglos pasados hubo escritores que hicieron renacer este método tan natural, tan cierto y seguro para conocer y amar la religion. En efecto, las mejores pruebas de su divinidad se sacan de su historia y de la majestad de su grande espectáculo. Hasta ahora existen como memorias, como reliquias que guarda la curiosidad, monumentos antiguos en que el buril y el pincel grabaron ó dibujaron todos los hechos, guardando el orden cronológico. Por esto medio los niños con placer de sus ojos y deleite de su imaginacion, grababan los sucesos en su memoria y aprendian casi divirtiéndose su religion.

¿Cómo, pues, un método de aprender que fue tan útil á nuestros antepasados, ha podido perderse en nuestros días? ¿Cómo el arte superior á todos los artes, la enseñanza única necesaria, ha podido desentendarse tanto? ¿Cómo ha podido acaecer que se haya casi abandonado para la instruccion pública el depósito de las divinas Escrituras, que es el patrimonio de los hijos de Dios y el tesoro de todos los cristianos? ¡Y cómo no gomisamos al ver la ignorancia lamentable de tanto número de fieles que no saben ni los principios, ni las pruebas, ni los hechos de que se compone la sustancia de su religion? Cuando un israelita religioso quería recogerse para admirar la conducta y las altas ideas de la divina ley, le bastaba recordar la memoria de Noé, de Abraham, Isaac y Jacob. El infante David se presentaba á la suprema Majestad con una alma sembrada de considerar la inefable grandeza de sus planes, y fuera de sí de contento entonaba este cántico (1): "¡Oh eterno Dios nosotros hemos oído y nuestros padres nos han contado las magníficas obras que vieron y que tu poder ejecutó en los siglos antiguos."

Y hoy que la historia de la religion se ha completado, hoy que ya casi tocamos el cumplimiento y el término de las profecías antiguas y de las nuevas, hoy que ya apenas queda reliquias que ver y que el estado actual del cristianismo se debe conservar inviolable hasta el día feliz de la triunfante ascension de la Iglesia á la gloria de Dios, hoy que todos los secretos y designios divinos están ya descubiertos hoy que todo anuncia el fin y la consumacion total de la empresa sublime, cuando el Leon de Judá ya ha vencido, cuando los templos de Cristo están levantados sobre los profanos monumentos, cuando torres innumerables ponen cerca del cielo la señal adorable de la cruz en que se obró la redencion humana; hoy, en fin, que todo está revelado y descubierto, los cristianos no tienen mas que ideas imperfectas, noticias confusas y oscuras. ¿Cómo podría ver á un tiempo toda la majestad del edificio de la fe! ¿cómo podrían admirar el modo con que todas sus

partes se corresponden, se comunican y se entlazan? Pues apenas perciben ángulos y superficies, ignoran el principio y el fin de las ideas que nos han revelado el eterno, no se les demuestran las relaciones admirables, las conexiones íntimas que atan y establecen los sucesos de la antigua economia con los misterios de la alianza postrera.

¡Y que ha resultado del abandono de tan saludable estudio! Que la inteligencia de las divinas Escrituras casi se ha perdido en la mayor parte de los fieles, que su lectura parece ignota y fastidiosa al común de los hombres, que pocos tienen justas ideas del gran designio y verdadero espíritu de la fe, y que miramos como extraño todo lo que ha pasado antes de nuestros días, nos hemos olvidado de que Dios nos tenía presente en la creacion del mundo, que entonces fuimos objeto de sus ideas divinas, que hoy somos la realidad de las figuras y el cumplimiento de las profecías, que por nosotros ha habido un Abraham y patriarcas, un Moisés y profetas, una Jerusalem y un templo, y en fin, que todo se ha hecho y se conserva por los santos.

¡Y de esto qué ha nacido! El poco aprecio de nuestra vocacion, la inestabilidad ó flaqueza de nuestra virtud, el ascendente casi siempre vencedor de nuestras pasiones, la felicidad de sacrificar todos los dias las esperanzas eternas con que nos anima el Evangelio al perdido placer de la ocupacion y del orgullo, y en fin, el deplorable progreso de una filosofía perversa, que se atreve á desacreditar la religion, aniquilar toda creencia y desterrar toda virtud.

En el origen del cristianismo bastaba que un apóstol explicase á una concurrencia numerosa cómo los misterios de Jesucristo estaban entrelazados con los acontecimientos dispersos en la inmensidad de los tiempos que precedieron á su resurreccion, para que millares de hombres se posturasen á los pies de la cruz y pudiesen ser incorporados á su alianza pero hoy vemos con dolor que ni los incrédulos se convierten ni los creyentes perseveran, porque los primeros nunca han visto la luz y los segundos apenas la han trunquizado. Ni aquellos ni estos han conocido el don de Dios en toda su excelencia y extension. Y solo esto puede explicar por qué los unos lo repudian y los otros lo abandonan.

Después de la resurreccion Jesucristo explicó á sus discípulos el modo con que se habia cumplido cuanto los profetas habian anunciado. ¿No es verdad, decían ellos, que cuando nos explicaba el sentido de las Escrituras, ardian nuestros corazones con un fuego divino? Lo que el Salvador les manifestó de sus humillaciones y su gloria está entrelazado con todos los sucesos, todos los oráculos y con la historia entera de los tiempos figurativos. Y esta conexion, esta dependencia entre la antigua y la nueva alianza, es la que forma un mismo cuerpo de religion, una misma serie de designios, un concierto armonioso en que reluce la magnificencia de la obra y la clemencia del Redentor. Esta admirable consonancia de las predicciones con los sucesos era la que producía en los discípulos aquel embalse, aquel calor celeste que les inflamaba el corazon.

Estaban, dicen los Actos de los apóstoles (1), lleno de gracia y de fuerza sembrada á oídos escuchaban sus discursos. No era posible resistir á la abundancia y ma-

(1) *Psalm.* XLIII, 1, 2.

(1) *Act.* VI, a v. 8.